

El odio de la condición humana

Gonzalo Jiménez Mahecha*

Texto original en francés
Christian Godin

Surgido de la convergencia de las tres corrientes de pensamiento que han estructurado la cultura anglosajona moderna, el liberalismo,¹ el utilitarismo² y el pragmatismo,³ el posthumanismo es una ideología científicista y tecnicista que acompaña y legitima todo un conjunto de trabajos que apuntan a «aumentar» las capacidades físicas y psíquicas del ser humano y tomar el relevo de la evolución natural. Aunque se remonta tanto a géneros literarios como filosóficos, el posthumanismo no corresponde ni a la ciencia ficción ni a la utopía. Las investigaciones que promueve las financian con generosidad y ya ha llevado a resultados constatables. Con lo viviente, y en particular lo humano viviente, el sistema capitalista, en su expansión indefinida, alcanza y cruza una nueva frontera. En la orilla del Pacífico (el arco posthumanista va de China a California de paso por Corea del Sur y Japón), la competencia es feroz y debe permitir designar quién será en biología lo que Bill Gates y Steve Jobs han sido para la informática. Google, la NASA y DARPA lanzan sus fuerzas a la batalla. Las grandes fortunas mundiales de hoy, surgidas de los excesos de la modernidad capitalista, ajenas a cualquier tradición cultural, ya fuese familiar o nacional, son todas tecnófilas y favorables a la ideología posthumanista. En el mundo de hoy, todo milita a favor del triunfo de esta última, y sus críticos se encuentran en una posición de retirada.

* Docente del departamento de Humanidades y filosofía, Universidad de Nariño.

Correo: gojma52@gmail.com

¹ En su doble aspecto, político y económico.

² Basado en la idea de que el ser humano se mueve primero por sus intereses y que la felicidad, que constituye el valor supremo de la existencia, puede definirse como la mayor cantidad de placeres y ventajas disminuida por la menor cantidad de disgustos y desventajas.

³ Filosofía referida a que el valor de verdad lo determinan la utilidad y la eficacia de las ideas y las creencias.

Es sencillo para los transhumanistas denunciar las reticencias y el conservadurismo de los opositores o de los escépticos y, por el contrario, alabar su propio valor, su audacia transgresora y su clarividencia. Casi todos los espectáculos (desde el teatro hasta la canción, de paso por el deporte) y casi todos los medios masivos acostumbran al gran público a la idea referida a que una transformación completa del yo por medios artificiales resulta eminentemente deseable.⁴ La cirugía, que contra toda verosimilitud se sigue llamando «estética», ya no es una técnica de cuidados o de reparación, sino de fabricación. En el contexto de la muerte de Dios y el escepticismo ético, los cerrojos religiosos y morales saltan uno tras otro. Conquistados también por el relativismo imperante, los jueces ya no creen en la capacidad de los legisladores para emitir un juicio moral sobre lo justo y lo bueno, y terminan por reconocer que la «ciencia» es la única instancia de «verdad» susceptible de fundamentar su juicio.⁵ Por tanto, nada parece que debiera interponerse en la vía de la realización de los proyectos más extravagantes del posthumanismo.

Esta ideología, cuyo carácter realmente totalitario⁶ adivinamos, se autodenomina democrática y llega hasta reivindicar a veces los ideales de la Ilustración, como el relativo al progreso, y sus ideas, como la referente a la perfectibilidad. El posthumanismo es un tecnoprogresismo. Se le puede oponer un tecnopesimismo que solo es una posición crítica racional, contrariamente a lo que afirman los «tecnoprofetías», que encuentran allí una consigna susceptible de desacreditar a sus oponentes, la tecnofobia.⁷ Para las modernas sociedades secularizadas, la transgresión es lo que la profanación representaba en las sociedades religiosas, con la diferencia, considerable, de que la profanación se castigaba con severidad, mientras que la transgresión se mantiene con complacencia. La crítica tecno-pesimista del posthumanismo le objetará que, al

⁴ Un *reality show* estadounidense, titulado «Miss Swan» («Mademoiselle Cygne», para aludir al cuento de Andersen, «El patito feo»), les proponía a sus candidatas una transformación física completa al invitarlas a someterse a una cirugía de pies a cabeza y luego participar en un Concurso de «belleza mutante». Un equipo formado por cirujanos, dentistas, asesores deportivos y «terapeutas» (¿cómo evitar aquí las comillas?) sigue durante tres meses a las participantes, a las que, a lo largo de su transformación, las privan de un espejo. Solo tendrán conciencia de su imagen al final de su metamorfosis, ante la mirada de los espectadores y del jurado, que se regocijarán con su asombro. El cinismo de los organizadores de la emisión llega a sugerirles a las candidatas que la terapia que realizan como apoyo a las operaciones, dietas y sesiones deportivas, lograría esta metamorfosis como por arte de magia. La denominada belleza interior se encarnaría literalmente así. Es natural que las atónitas candidatas no dejaran de atestiguarle al jurado su extrema gratitud (Hernandez, O. (2012). «Polymorphie du corps posthumain», en X. Lambert (dir.), *Le posthumain et les enjeux du sujet*, L'Harmattan, pp. 56-57).

⁵ «Este escepticismo moral,» señala Grégor Puppinc, «destruye los derechos del hombre ya que resultan de elecciones morales no científicas» (entrevista con *La Croix*, 31 de octubre de 2014).

⁶ Cf. *infra*.

⁷ «Fobia» es un término muy utilizado hoy en día para atajar cualquier crítica. Véase «la islamofobia». De hecho, nadie es «tecnofóbico»: ¿quién detesta el teléfono o la electricidad? Ni siquiera los Amish.

carecer tanto de sabiduría divina como de instinto animal, los mismos hombres pueden trabajar en su propia destrucción, y *acabarse*, en los dos sentidos del verbo. A partir de ahora, un poder técnico inigualable está al servicio de la pulsión de muerte. Paradójicamente, de hecho, lejos de representar el triunfo de la voluntad de poder, el proyecto posthumanista podría señalar su derrumbe —en lo que sería, en el sentido estricto que le da Nietzsche, un nihilismo.⁸ El tecnopesimista va a denunciar en el posthumanismo un totalitarismo que no apunta, a diferencia de los anteriores, al exterminio de razas o de clases, sino a la abolición de la misma condición humana.

En el *programa* posthumanista, y en su fundamento, existe un odio a la condición humana, cuyos orígenes, aspectos y modalidades requieren ser analizados.

El odio es el afecto de la destructividad. Odiar es querer o desear destruir. Pero, al contrario de lo que de inmediato nos sugiere este término, el odio no adopta necesariamente formas espectaculares o patéticas. Puede haber un odio frío, metódico y descuidado. Ni siquiera es necesario que el odio se propagara en discursos estruendosos para efectuar su trabajo de destrucción: por ejemplo, la burocracia de la muerte nazi operaba en el silencio.

Odiar es pensar en que hay algo o alguien en lo Real que es *demasiado*, que no tiene *lugar para ser*. El odio es el rechazo de la totalidad en nombre de una particularidad que quisiera ser la única en saturar el mundo. Hoy, en adelante, la tecnología tiene este aspecto del odio en su relación con la vida. En una primera etapa, se inserta en lo viviente (son las prótesis, los implantes, etc.). En una segunda etapa, crea la vida artificial, para duplicar la vida natural. En una tercera y última etapa, supera a la vida (este es también el sentido de «*duplicar*») y termina por reemplazarla. Ya decía Nietzsche, en la década de 1880: bien podría ser que el hombre un día acabase por reproducir vida, pero, entonces, eso va a significar que la vida ya no tendrá ningún tipo de valor. Estamos casi allí. Más allá del odio a la condición humana y, al envolverla en su sombra, está el odio a la vida.

¿Cuál puede ser la genealogía del odio a la condición humana? Casi siempre, el odio surge del temor y del resentimiento: por ejemplo, todos los genocidas se habían convencido de que, si no tomaban la iniciativa, los exterminarían a ellos mismos. En el imaginario paranoico de estos asesinos en masa, los genocidios son actos de legítima defensa.

⁸ Que la voluntad pudiera volverse contra sí misma, este bucle de reversión, Nietzsche lo había identificado en el comportamiento del asceta, en quien la voluntad llevada a la incandescencia (por el ayuno y la abstinencia) debe tener como *fin* (en los dos sentidos de la palabra) la abolición de la voluntad.

Es obvio que el temor no puede ser el origen del odio a la condición humana. Debe entrar en juego otro afecto: el referido a la vergüenza. La condición humana puede detestarse, porque parece vergonzosa.

La vergüenza más antigua era metafísica y religiosa: era la vergüenza que sentía el pecador ante Dios,⁹ o incluso la vergüenza, fanática, de los gnósticos, para quienes tener un cuerpo y un sexo les repugnaba.

Esta vergüenza ancestral prácticamente ha desaparecido y ha dado lugar, en el siglo XX, a dos nuevas vergüenzas, susceptibles de llevar al desprecio de la condición humana. Se trata de la vergüenza histórica y la vergüenza prometeica.¹⁰

«Tras Auschwitz, ya no es posible encontrar deseable un futuro *con rostro humano*», ha escrito Jean-Michel Truong. «En verdad que, tras el hombre, aún fuese el hombre, este es el colmo de la desesperanza.» (J.-M. Truong, 2001, p. 25) En el curso de su historia, y en particular de su historia reciente, el hombre ha cometido tales horrores, ha mostrado tanta barbarie que ya no merece perseverar en su ser. En *Cyborg Philosophy*, el entusiasta Thierry Hoquet (2011) fustiga a aquellos que, en nombre de normas arbitrarias, condenan el dopaje y la cirugía estética, como si estas prácticas fueran indiferentes a las normas, y ha declarado con franqueza: «¿A qué le temeríamos cuando vemos la miseria del mundo en que vivimos?» Solo olvida que hay algo peor que un mundo terrible: el mundo destruido.

Entre la vergüenza metafísica y la vergüenza histórica, que parece preparar la vergüenza prometeica del posthumanismo, en realidad en las antípodas de esta representación se halla el «último hombre» de Nietzsche (1993), la figura más opuesta al superhombre. Así habla Zarathustra:

Les enseñé al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué han hecho para superarlo?

Todos los seres hasta ahora han creado algo superior a ellos, ¿y quieren ser el reflujo de este gran flujo y prefieren volver a la bestia que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una burla o una dolorosa vergüenza. Y eso debe ser el hombre para el superhombre: una burla o una vergüenza dolorosa.

⁹ Véase la pintura de Masaccio de Adán y Eva expulsados del Paraíso.

¹⁰ La vergüenza prometeica tiene un evidente apuntalamiento metafísico. Como la máquina es producto del *cálculo*, aunque material, señala el triunfo del espíritu sobre el cuerpo.

Han trazado el camino que va desde el gusano hasta el hombre, y han dejado mucho del gusano de tierra. Alguna vez fueron un mono, y ahora el hombre es aún más mono que un mono.

Pero el más sabio de entre vosotros solo es una cosa dispar, un híbrido de una planta y un fantasma. Sin embargo, ¿les dije que devinieran un fantasma o una planta?

¡Miren, les enseño al superhombre! (p. 291)

Lo posthumano no tiene mucho que ver con lo sobrehumano de Nietzsche, pero comparte con él la conversión de la mirada de la que proviene: ya no se envidia el futuro en relación con un presente miserable (esta era la lógica tradicional de la utopía), sino se desprecia el presente en relación con un futuro anticipado. Que el hombre pudiera devenir un mono despreciado a los ojos del ser destinado a superarlo, esta imagen, que se encuentra en el *Zarathustra* de Nietzsche, es un leitmotiv de la literatura posthumanista, cuyo desprecio por la finitud humana se arraiga en lo que los griegos llamaban «hibris», el «orgullo» del judeocristianismo y el psicoanálisis, un deseo infantil de omnipotencia.

Günther Anders (2002) se ha referido a una «vergüenza prometeica» para designar «*la vergüenza que se apodera del hombre ante la cualidad humillante de las cosas que él mismo ha elaborado*» (p. 37). Esta vergüenza tiene dos aspectos: la vergüenza de ser inferior a las máquinas (en adelante, los campeones mundiales de ajedrez y de go son unas computadoras), y la vergüenza de no ser en sí una máquina. El hombre, ha escrito Anders, «se avergüenza de haber *llegado a ser* más que de aquello que lo hubieran *fabricado*. Le da vergüenza que debe su existencia —a diferencia de los productos que son irreprochables, pues se los ha calculado hasta en los más mínimos detalles— al proceso ciego, no calculado y ancestral de la procreación y el nacimiento». (Anders, 2002, p. 38). No resulta indiferente saber que la idea referida a que el hombre debe adaptarse a la técnica que él mismo ha creado (y no al revés) se remonta al inventor de la eugenesia moderna, Francis Galton, primo de Darwin. Galton abogó por el mejoramiento de la raza humana, porque decía que «el hombre promedio» ahora era incapaz de realizar las tareas que requería la civilización moderna.

Jean-Michel Besnier (2012), se ha referido a un «deseo abrumador de máquina» (cap. 5). El odio a lo humano se expresa positivamente a través del amor por la mecánica. Como todavía se lo entiende de buen grado, no se trata de devenir un Dios que interesara al hombre de hoy, sino devenir una máquina. De hecho, Dios es aún demasiado humano: ¿no debió descansar tras seis

días de creación? Pero, sobre todo, Dios es *vivo*, viviente y *pensante*. Y el hombre del posthumanismo ya no quiere ni vivir ni pensar.

En «algunos partidarios del progreso», Jacques Julliard (2017), ha señalado «un furor de desafiliación que linda con el odio a sí mismos» (p. 16). Los agentes del programa posthumanista, y este detalle es importante, son adolescentes, o adultos que han conservado una psicología de adolescentes con su deseo y su sentimiento de omnipotencia, su ausencia de *sentido de identidad*, su ausencia de cultura política y de cultura histórica, su indiferencia, si no su desprecio por la naturaleza no domesticada. Su única fuente de asombro es la técnica. Su mundo es el mundo de la información, es decir, un mundo sin materia ni cuerpo, un mundo que se ve desde el punto de vista del espíritu. Debido a la «convergencia NBIC»,* declaran los posthumanistas, al fin el hombre podrá liberarse de los límites que se le han asignado al cuerpo y se lo va a dispensar de nacer, de sufrir, de envejecer e incluso de morir (Alexandre, 2011).¹⁸

Pero ¿qué es vivir? Es nacer, sufrir, envejecer y morir. La supresión del nacimiento, el sufrimiento, el envejecimiento y la muerte significa nada menos que la supresión de la vida misma.

Desde el punto de vista posthumanista, la naturaleza de lo humano no reside en sus límites, sino en sus capacidades para superarlos. Ahora bien, lo que no tiene límites, no tiene fin, resulta propiamente *indefinible*. Hegel, para quien el infinito es primario, tendrá razón contra Kant: la determinación de un límite ya es el signo de su posible superación. Ray Kurzweil ha predicho el surgimiento de la versión 3.0 del cuerpo humano, un cuerpo equipado con computadoras nanoscópicas que captarán señales provenientes de entornos virtuales, tan reales para ellos como el entorno físico. El cerebro va a interpretar estas señales como unos estímulos sensoriales. «En estas condiciones, no hay nada más sencillo que cambiar de apariencia física y convertirse en alguien distinto» (Besnier, 2012, p. 86). El cuerpo 3.0 será capaz de transformarse en diferentes formas a voluntad y el cerebro ya no será predominantemente biológico.

Se ve: con el posthumanismo, no se trata solo de liberarse de la naturaleza —por tanto, de la naturaleza humana— ni siquiera de superarla, se trata de *destruirla*. El término transgresión, que utilizan los especialistas, desde un punto de vista que puede ser elogioso o crítico, resulta demasiado débil para designar esta hibris. El que, de hecho, transgrede una ley o una norma, las

* *Convergencia NBIC*: Nanotecnología, Biotecnología, Infotecnología y Cognotecnología. (N. de T.).

¹⁸ El extropismo (neologismo acuñado para designar lo contrario de la entropía como ley física universal) representa la franja más radical del posthumanismo.

deja intactas tras él. Transgredir significa pasar más allá y el más allá no aniquila al más acá. En cambio, el proyecto posthumanista apunta nada menos que a aniquilar la naturaleza humana, así como la explotación de la naturaleza la ha destruido para sustituirla con el medio ambiente.

Sin embargo, los partidarios del posthumanismo creen que entre éste y el humanismo hay más continuidad que ruptura. Pensemos solo en que la «revolución», antes de designar un cambio radical en el orden de las sociedades humanas, ha significado un retorno de un planeta a un punto determinado de su órbita. De hecho, existen dos tipos de posthumanismo que se enfrentan: por un lado, el posthumanismo reformista, el más democrático, referido a que está en la naturaleza del hombre perfeccionar sus capacidades, y el posthumanismo revolucionario, referido a que el ser que va a suceder al hombre ya no será de su misma especie. Mientras el posthumanismo reformista es hiperhumanista, el posthumanismo revolucionario es resueltamente antihumanista, hasta el cinismo que ha asumido (planea, sin reparos, abandonar a la humanidad actual a su triste suerte).

Sin embargo, es posible preguntarse si esta oposición es tan clara como parece. Dado que, de hecho, el perfeccionamiento de las capacidades ya no es, como se pensaba en el Siglo de las Luces, un tema de «formación» (la *Bildung* alemana, que también se ha traducido como «cultura»), sino una *transformación* técnica de sí, la distinción entre las dos modalidades del posthumanismo pierde su pertinencia. En realidad, dado que no se trata solo de desarrollar unas competencias virtuales, ahogadas por un orden social injusto y unas técnicas obsoletas, sino de forjar capacidades inéditas, el posthumanismo reformista aparece tan antihumanista como el posthumanismo revolucionario.

Compartimos, pues, la inquietud que ha expresado Dany-Robert Dufour, cuando escribe: «Hay un programa difuso de constitución de una «posthumanidad». Este programa se disimula, apenas se lo publicita. Los hombres no deben asustarse, sobre todo no deben comprender que se los lleva a trabajar por la abolición de la humanidad —es decir, por su propia desaparición (Dufour, 2005). Esto es nada menos que un final del hombre, que, a la vez, el posthumanismo prevé, prepara y reclama. Los discursos que sugieren una continuidad están ahí para engañar y llevar a que se olvidara la realidad de la catástrofe que se avecina. Así como se ha podido referir a «familias reconstituidas» para ocultar la verdadera ruptura de las familias y, por tanto, su desaparición.

Si, como se lo ha visto, el posthumanismo ha podido reivindicar ciertos ideales de la Ilustración, en realidad renuncia al principal de ellos, o sea, el ideal de la emancipación. Por ello esta ideología se inscribe en un marco más general, de abandono de la Ilustración, abandono que

se ha designado con el término postmodernismo. De hecho, con el posthumanismo, ya no se trata de emanciparse de la servidumbre y el oscurantismo de la tradición, sino de deshacerse de la misma condición humana. «La impugnación de las situaciones límite,» ha escrito Gilbert Hottois, «no lleva hacia una superhumanidad redentora y consumada; se abre sobre lo ab-humano, lo post-humano» (Hottois, 1979, p. 346). El posthumanismo ha trazado una línea sobre la historia y la condición humanas y, por tanto, sobre la *cultura*. El porvenir del hombre no es un objeto de inquietud para él, puesto que el hombre *ya ha muerto*. Así lo ha proclamado el inventor del concepto de «Singularidad», el matemático y escritor de ciencia ficción Vernor Vinge, cuando, en un simposio organizado por la NASA en 1993, ha señalado: «En treinta años, tendremos los medios tecnológicos para crear una inteligencia sobrehumana. Poco después, terminará la era humana».

El ser humano siempre se ha definido por oposición a tres polos, a tres modalidades de lo no humano: lo divino, lo animal y lo maquínico. Una vez ha muerto Dios, quedan el animal y la máquina. Ahora bien, cada vez que un descubrimiento o una invención colma el abismo que han creado las representaciones tradicionales entre el hombre y el animal, por una parte, y entre el hombre y la máquina, por la otra, los medios masivos, una vez llevados voluntariamente a la inquietud de la novedad radical, ahora se hacen eco de verdaderas explosiones de alegría maléfica, júbilos plenos de odio contra la arrogancia del hombre y, como corolario, del sombrío deleite, a contemplar la irrecuperable indignidad de nuestra miserable especie:²² por un lado, solo somos monos (¿no tenemos el 99% de nuestros genes en común con los chimpancés?)y , por el otro, nuestro cerebro solo es una computadora, y se fabrican computadoras que lo superan.

En la lucha que el posthumanismo sostiene contra la condición humana, el tema de la identidad resulta central, ya que es más eficaz dar a entender que el ser humano solo es una ficción que actuar a favor de una desaparición que inevitablemente suscitaría oposiciones en su contra. Se entiende que, al igual que la teoría de género, con la que hay numerosos puntos de contacto, el posthumanismo raya con todo lo que se asemejara o simplemente se acercase a la identidad. A nuestro juicio, la razón profunda de este deseo de destrucción debe buscarse del lado de la dinámica infinita (e indefinida) del capital que, como Marx fue el primero en destacar, privilegia los flujos. La mercantilización de la totalidad de lo real sumada a la financiarización de la economía,

²² Además del gozo de estar en la posición del no-engañado, es preciso contar con que, al condenar a toda la especie a su baja, el individuo que adopta esta posición da a entender que representa una gloriosa excepción.

características del neocapitalismo contemporáneo, acelera e intensifica esta dinámica de flujos que se lleva cualquier posición estabilizada, sea cual fuese el orden de lo real al que perteneciera: entorno natural, individuos, sociedades, ideas, instituciones, leyes, etc. Desde el punto de vista de esta dinámica sin otro objetivo que ella misma, toda identidad (material o ideal, individual o colectiva) resulta una inercia que se debe reprimir, pues ella la detiene. Aquí se liga (pero hay otros puntos de convergencia) la alianza entre el neoliberalismo desregulado y las ideologías libertarias de la ultraizquierda contemporánea.

Según el posthumanismo, como se lo ha visto con Kurzweil, ya citado, el hombre del futuro será como un sitio *Web*, para siempre una «versión beta», es decir, un organismo prototipo dedicado a perfeccionarse continuamente. Ahora bien, la lógica del progreso técnico, a diferencia de la lógica de la cultura patrimonial, no es la lógica de la acumulación, sino la lógica de la sustitución. De hecho, la perfectibilidad que pretenden los posthumanistas presupone una identidad:²³ cuando un programa sustituye a otro, no se dice que lo han perfeccionado. En realidad, el hombre aumentado es un hombre reemplazado.

El posthumanismo es un antiespecismo, no en el sentido particular que tiene hoy este término (el sentido de oposición al prejuicio antropocéntrico referido a que la humanidad es superior a los demás animales, prejuicio que se ha denunciado como racismo genérico), sino en el sentido etimológico: si a la especie humana como identidad colectiva se la ha denunciado como ilusoria, se debe a que el concepto mismo de especie es una ficción arcaica. ¿La misma palabra, *eidos*, no significa, en griego antiguo, la especie y la Idea platónica, en la que ya nadie puede creer razonablemente? Se entiende que en la lucha que libra contra toda identidad, ya fuese individual o colectiva, el posthumanismo puede contar con la teoría de género, que lucha, a su lado, por los mismos objetivos.

En términos más generales, el posthumanismo se inscribe en la estela de una teoría de la evolución que ha establecido el carácter ilusorio de una esencia humana creada de una vez por todas. Tan pronto como al hombre se lo dota de una gran plasticidad, que no tiene límites asignables (ya que nada señala que la evolución se hubiera completado), entonces todos los experimentos se permiten. Sobre todo, porque la temporalidad humana es a la vez muy compacta

²³ Como señalaba Bergson, para que algo cambie, algo no debe cambiar, de lo contrario ya no podemos referirnos a cambio, sino a permutación o sustitución. La creencia en la metempsicosis tropieza con esta dificultad: para que *un* «alma» pasase de un cuerpo a otro, debe ser *la misma* alma, aunque no conozca la misma existencia. La creencia en la reencarnación evita esta dificultad.

(el *Homo sapiens* solo existe desde hace apenas 200.000 años: a comparar con unos 4.000 millones de años de la vida terrestre), y muy lenta (casi no hemos cambiado desde Cro-Magnon). El posthumanismo se concibe y se vive en el tiempo acelerado de la hipermodernidad, un tiempo que ya no tiene el mismo ritmo que los ritmos de la Naturaleza y la Historia y que, por tanto, ya no tiene nada que ver con la temporalidad de la Cultura. Frente a los «bioconservadores», el posthumanismo presenta al humanismo como una concepción que ha sido superada.

Se va a objetar que es falso afirmar que el bioconservadurismo se basa necesariamente en una visión estática de la humanidad. El hombre tiene una historia y esto lo ha dispersado en una multitud de culturas, pero, de hecho, el posthumanismo solo conoce la historia de sus propias técnicas. Los conceptos de naturaleza y esencia no implican ni fijeza ni confinamiento. Pero, en su lucha, el posthumanismo tiene todo el interés de llevar a que se comprendiera.

El odio a la condición humana lleva al posthumanismo a unas inconsistencias lógicas. La primera se debe a su concepción de «mejora» (*enhancement*). De hecho, el denominado «hombre aumentado» es un hombre terriblemente disminuido: el cuerpo ya no es un cuerpo, la carne ya no es la carne (ya se entendiera la palabra en sentido cristiano o fenomenológico), ya solo es la carne (*meat*). En el posthumanismo existe un rechazo violento de la *encarnación*. Y así como el cuerpo se reduce a la carne, la mente se reduce al cálculo.

Aquí se llega a otra contradicción interna, susceptible de relativizar, incluso de arruinar la coherencia de esta ideología: a veces estamos frente a un materialismo radical, en su versión eliminativista: el cerebro solo es un conjunto de células y su actividad solo es un mecanismo; a veces, por el contrario, se trata de un espiritualismo resuelto, al identificar el ser con su esfuerzo de la mente (de ahí la *uploading* que permitiría transferir el «pensamiento» de un individuo a otro cerebro o a cualquier otro soporte material). Resulta obvio que la interpretación materialista y la interpretación espiritualista convergen en su rechazo del dualismo, que desde Platón ha sido la filosofía dominante en Occidente. Sin embargo, ni solo el espíritu, ni solo el cuerpo pueden tener derechos.²⁴

De hecho, tras el discurso sobre el progreso, el aumento de las capacidades, la intensificación de las facultades, etc., se oculta un terrible deseo de abstracción: en realidad, el

²⁴ Si se ha terminado por reconocer derechos a los animales, al menos de algunos de ellos, se debe a que se los ha reconocido como *seres sensibles* y no como individuos simplemente dotados de una fisiología específica.

posthumano solo es una *pobre criatura*, que apenas tiene más vida que un personaje de historieta.²⁵ Para convencerse de ello, basta con examinar lo que devendrían las tres «esferas del reconocimiento» que distingue Axel Honneth a partir de Hegel.²⁶ El posthumano no podrá beneficiarse de ninguno de estos tres reconocimientos.

Primero, porque la idea misma de *persona* desaparece, en beneficio de la idea de *individuo*. El posthumano ya no es una persona, es decir un ser dotado de una *interioridad* y una *dignidad*,²⁷ es un individuo dotado de una *imagen*. De hecho, con el posthumanismo, se trata de acabar con la interioridad, esa «ficción» que ya ha denunciado la psicología behaviorista. Cabe señalar a este respecto que las técnicas que hoy, desde la vigilancia pública con cámaras de calle hasta la autoexhibición en las redes sociales, tienden a transformar al individuo en pura imagen, van en ese sentido.

Emmanuel Levinas llevaba a que el *rostro* fuera la presencia trascendente de los otros, cuyo rostro, en el sentido común de la palabra, es la manifestación. Sin embargo, se amenaza terriblemente a este rostro, en sus dos aspectos, físico y ontológico. Hoy lo reemplazan los rostros, las máscaras y las efigies.²⁸

Según la teoría computacionalista que sustenta el posthumanismo, el espíritu, que solo es un sistema funcional de tratamiento de la información y que puede separarse por completo del cuerpo, funciona como un *software*. Por tanto, el pensamiento se reduce enteramente al cálculo. En su libro *The Singularity Is Near*, Ray Kurzweil señala que lo que caracteriza al progreso técnico radica en que disminuye exponencialmente la cantidad de materia y energía necesaria para transmitir la información.

En ocasiones, la civilización humana podrá transformar la materia y los mecanismos del universo «en formas sublimes y sofisticadas de inteligencia, de tal modo que el universo entero se va a saturar con la inteligencia humana». Goffi (como se citó en Hottis, 2015, p. 160) Pero, ¿quién

²⁵ Resulta obvio que los posthumanistas no han leído a Shakespeare y Dostoievski. Habría que efectuar todo un estudio sobre la influencia de lo imaginario de las historietas sobre la galaxia posthumanista.

²⁶ Miembro de la «tercera» Escuela de Frankfurt, Axel Honneth analiza las tres esferas en las que evoluciona la existencia humana: la esfera privada (la intimidad, la familia, los amigos), la esfera económica (el trabajo, el consumo, el ocio) y la esfera política (la ciudadanía). Una existencia auténticamente humana necesita que se la reconociera en cada una de estas tres esferas y la mayor miseria radica en que no se la reconociera en ninguna.

²⁷ Kant fue el primer teórico de la dignidad, al oponerla al *precio*. La dignidad es un valor metafísico y moral inalienable constitutivo de la persona. El reconocimiento de la dignidad se denomina el *respeto*. La decadencia de este valor en favor de la propia imagen (véase la infame expresión de «morir con dignidad» que utilizan los partidarios de la despenalización de la eutanasia) prepara a la sociedad para su abandono.

²⁸ A este respecto, la cirugía estética y el velo islámico trabajan en el mismo sentido.

querría la inteligencia de un robot, sino aquellos que ya se hallan en parte robotizados? La inteligencia es una noción difícil de definir, pero esto se debe a su complejidad y su riqueza. Las tecnologías actuales la llevan a que perdiera su sentido al identificarlo con un conjunto de reacciones físicas (¿ya no se refiere a casas, coches, vestuario «inteligentes»?).

Además, si se externaliza tanto la inteligencia, ¿para qué podría servir aún la inteligencia individual? Es obvio que una observación análoga se le aplica a la memoria. Platón ya lo había señalado acerca de la escritura: nada es más apto para tornar al alma olvidadiza que los soportes externos de la memoria. Si, como lo afirma Kurzweil, en el futuro el universo se va a saturar de inteligencia, se puede estar seguros que, de existir, esta «inteligencia» ya no va a tener nada humano. De hecho, ¿qué es una inteligencia sin *pensamiento*?³⁰ Hannah Arendt señalaba que el totalitarismo es un sistema que tiende a tornar superfluo al hombre. La tecnología moderna tiene un innegable aspecto totalitario. ¿De qué sirve recordar si hay *memorias*? ¿Qué sentido tiene pensar cuando hay máquinas que lo hacen por nosotros, mucho más y mucho mejor, mucho más rápido y con mucha mayor exactitud?

El pensamiento también incluye a los afectos y el inconsciente. Pero lo posthumano carece de afecto y de inconsciente, pues el posthumanismo, que sustenta una concepción burda del utilitarismo, la concepción del *Homo oeconomicus*, cree que el hombre no los tiene.

El odio al cuerpo es la contrapartida del odio al pensamiento. En *La fatigues d'être soi*, Alain Ehrenberg muestra que el trastorno psíquico emblemático de nuestro tiempo ya no es, como en la época de Freud, la neurosis, que es un drama sobre la culpabilidad, sino la depresión, que es una tragedia de la insuficiencia (Ehrenberg, 1998, p. 19). El hombre de hoy tiene una vida interna aminorada, carece del deseo, y por ello siente la necesidad de unas estimulaciones renovadas, experimenta su cuerpo como «en exceso» y tiene el anhelo de deshacerse de él —de ahí las patologías que lo afectan directamente (trastornos alimentarios, trastornos del sueño, trastornos de la sexualidad). Los posthumanistas se han enfadado tanto con el cuerpo que se puede preguntar si no se tratará de los gnósticos de hoy. La distancia que aún separa al organismo humano de la máquina,³² este supracuerpo, puede reducirse, o incluso eliminarse, de dos formas: mediante la

³⁰ La prueba es fácil de llevar a cabo: si se compara a *Wikipedia* con cualquier enciclopedia o cualquier diccionario en físico, se constata que la inteligencia de Internet no está exenta de efectuar alguna tontería. No hay inteligencia sin jerarquía ni ordenamiento de las informaciones. Internet contiene una cantidad inaudita de informaciones. Pero esto no basta para constituir un saber, y menos aún un conocimiento.

³² Resulta obvio que la moda de la depilación total proviene de la pornografía, pero participa inconscientemente del deseo de ser una máquina: una máquina no tiene pelos.

humanización de la máquina o la mecanización del cuerpo. Pero los dos procesos terminan por converger. A diferencia del autómatas que reitera el mismo comportamiento, el robot interactúa con su entorno. *A priori*, nada dice que debiera parecerse a un cuerpo humano, con una cabeza, unos miembros y un tronco. Pero la historia de las técnicas, como ha mostrado Gaston Bachelard, no es solo la historia de la eficacia práctica; se liga con lo imaginario, lo fantasmático. Es probable que la mayoría de los robots serían androides por los que a los humanos se los llevará a sentir una cierta empatía (Dumouchel y Damiano, 2016). La vergüenza prometeica ataca al cuerpo quizás incluso más que al espíritu. Dado que las retinas artificiales les dan a los ciegos una vista superior a la vista de los videntes, sería inapropiado, mal *calculado*, mantener sus ojos de carne. A un número creciente de personas se les han colocado implantes corporales magnéticos o *chips* RFID que les permiten que la puerta de su domicilio, su motocicleta o su automóvil *inteligentes* los «reconocieran». Incluso se ha inventado un tatuaje electrónico que puede controlar objetos a distancia. Así todo el cuerpo deviene un telecomando.³⁴

El odio a la condición corporal llega hasta el supuesto riesgo de monstruosidad.³⁵ Según el artista australiano Stelarc, la piel es un límite inaceptable, de ahí las extensiones, por prótesis o por injertos, que le da a su propio cuerpo. Según ORLAN, otro artista para dar una imagen plástica de lo posthumano, el cuerpo es una (id)entidad nómada deformable y manipulable a voluntad.

Es funesto que la identificación del cuerpo con un artefacto fuera a la par con el deseo de acabar con el sexo —que, etimológicamente, significa el corte (la sección) y, por tanto, la imposibilidad de serlo todo (de ahí la fantasía y el mito del andrógino, que hoy retransmiten la heroización del transgénero en la teoría del género, máquina de guerra teórica contra la dualidad sexual y, por ende, de hecho, contra el sexo). En verdad, ni un espíritu ni una máquina tienen sexualidad.³⁶

³⁴ El argumento de Kevin Warwick, quien se implantó un *chip* en el brazo para vincular su sistema nervioso a una computadora, lo que le ha permitido presumir de ser el primer *cyborg*, radica en que la única forma de descartar el riesgo referido a que la tecnología se volviera contra nosotros, es fusionarse con ella. Esto es como si dijéramos: la única forma de evitar que la barbarie se apodere de nosotros es devenir un bárbaro.

³⁵ En lugar de aceptar envejecer con un rostro arrugado que hubiera conservado algo de su antigua belleza, actrices tan espléndidas como Jeanne Moreau, Catherine Deneuve y Sophia Loren morirán con un rostro simiesco, carente de pelos.

³⁶ Así como la histeria religiosa, fácilmente identificable hoy mediante las mascaradas y los fanatismos, no señala la supervivencia ni el retorno de la religión, sino, por el contrario, su fin, la histeria sexual, identificable por la pornografía y la prostitución generalizadas, bien podría señalar la muerte del sexo a largo plazo. Las personas han dejado de cantar cuando otros lo hacían en su lugar. Lo mismo bien podría resultar cierto con el sexo.

¿Se imaginan a robots androides formando una familia? O sea, ¿formar parejas y engendrar? Ya Marinetti (el cantor del futurismo y uno de los inspiradores de la ideología fascista) abogaba por el hombre de acero del futuro (la fantasía totalitaria) y se alegraba ante la idea de que el hombre pudiera reproducirse sin pasar por la vulva de la mujer (Marinetti, 1909). La sustitución de la procreación por la reproducción apunta nada menos que a suprimir, en un mismo movimiento, la maternidad y la paternidad.

¿Se imaginan a robots androides con *amigos*? Aquí, también, unas prácticas aparentemente anodinas preparan a los espíritus de las personas para la desaparición: ¿los amigos sin amistad no inventaron las redes sociales?

En cuanto al trabajo, que se halla en el centro de la esfera social del reconocimiento, se sabe que lo han amenazado directamente la informatización y la robotización de la sociedad (basta ver cómo el empleo, cuando se mantiene, ha sustituido al oficio). «La organización del trabajo,» escribió Aurel David en 1965, «introdujo una especie de ahuyentamiento del hombre de la fábrica. El cuerpo humano es el único punto débil de un conjunto mecánico. Solo cuando se hubiera expulsado al último hombre, se podrá concebir el perfeccionamiento armonioso e ilimitado del conjunto de las máquinas]» (David, 1965, p. 85)

Otro aspecto central de la condición humana es la sociabilidad. También la ha amenazado directamente lo posthumano, cuando no se trata de su objetivo. ¿Se puede concebir a lo posthumano como si fuera parte de un *pueblo*? «Hay en el fondo de las utopías posthumanas,» ha escrito Jean-Michel Besnier (2012), «un hastío de ser lo que cada uno es, una fatiga manifiesta de ser uno mismo, una desafección por las significaciones que exigiría querer encarnarse en la historia, que cada uno se implicara en las experiencias que le dan forma a la humanidad» (p. 71)

Asistimos ya al empobrecimiento de lo simbólico, es decir, del espíritu mismo de la cultura. El posthumanismo espera su muerte y la prepara. Aquí también observamos unos elementos precursores: en adelante, las comunicaciones intersubjetivas se modelan sobre la comunicación hombre-máquina, lo que significa concretamente que, al otro, que carece de rostro, se lo trata como a una máquina.⁴⁰ Esto es tanto más grave cuanto que el lenguaje es el elemento central de lo simbólico. Sin conversación, ya no hay un diálogo real, estamos condenados a la lógica del *no reply*. Así como la llamada «islamofobia», tanto anticipada como deseada, sirve como tapadera para el totalitarismo islamista, también lo hace el denominado «racismo» anti-robot como tapadera

⁴⁰ Véanse los estereotipos de los contestadores automáticos, el estilo lapidario de los correos electrónicos, etc.

para el totalitarismo tecnológico. La literatura posthumanista ya se inquieta debido a la hostilidad que encontrarían los robots androides y se refiere a sus derechos, aunque el interés que despiertan se basara en una exclusión radical del Otro.⁴¹

Para terminar, el rechazo de la condición humana se expresa en la negativa a pensar en ella como un universal. Además, al posthumanismo lo anima un deseo de secesión que espera constituir una especie de aristocracia biotecnológica, que reducirá, mediante su simple existencia, a la humanidad común al rango de lumpenproletariado. No siempre se oculta este secesionismo, directamente contrario a los derechos humanos y a los ideales democráticos, en el que se suma un importante aspecto del totalitarismo, no siempre se oculta. Así lo ha declarado sin rodeos el cibernético Kevin Warwick: «Aquellos que decidieran seguir siendo humanos y se negaran a mejorar tendrán una seria desventaja. Constituirán una subespecie y se integrarán a los chimpancés del futuro (Boltanski, 2002). Se pueden utilizar metáforas mecánicas en lugar de metáforas animalistas: «Poco importa lo que hicieran las personas,» ha señalado Hans Moravec. «Se quedarán atrás como la segunda etapa de un cohete. El destino de los seres humanos será irrelevante para los robots superinteligentes del futuro. A los seres humanos se los va a considerar como un experimento fallido» (Vacquin, 2016, p. 285) Resulta dudoso que estas superinteligencias pudieran igualar a Platón, Leonardo da Vinci o Mozart, pero como el posthumanismo desprecia a la Historia tanto como odia a la Naturaleza, esto no cuenta para nada. Hay en esta ideología decididamente totalitaria un deseo de salvajizar al resto de la humanidad y, de paso, al resto de la humanidad del hombre. El jurista estadounidense George Annas puede tener razón cuando llega a predecir un «genocidio genético».

Se lo habrá entendido: el odio a la condición humana que ha cultivado el posthumanismo arriesga representar en las próximas décadas uno de los mayores desafíos que deberá afrontar nuestra historia. Frente a los proyectos revolucionarios que se siguen justificando como progresistas, cuando parece necesario preservar lo que aún puede serlo, conviene recordar las virtudes del conservadurismo. ¿Cómo se puede esperar, para halagar el narcisismo algunos ricos que no quieren morir (se comprende fácilmente su punto de vista), una victoria sobre la muerte

⁴¹ Si Japón está a la cabeza de las investigaciones para la fabricación de robots androides, que se parecen tanto a los hombres que devienen indistinguibles de ellos, se debe a que este país lo amenaza un terrible declive demográfico (está perdiendo millones de habitantes) y eso, además, quiere proteger su insularidad frente a cualquier afluencia masiva de inmigrantes. Aquí el amor a los robots significa muy claramente el rechazo del Otro, ya fuese el hijo engendrado o el extranjero bienvenido.

que beneficiaría a todos cuando hoy la esperanza de vida disminuye en algunos países desarrollados? ¿Cómo se puede sugerir, para halagar el deseo de omnipotencia de estos mismos privilegiados, que el porvenir va a ser el porvenir de una superinteligencia de dimensiones cósmicas, cuando estudios recientes muestran que el cociente intelectual de la población en general ha comenzado también a declinar?⁴⁴ Antes de pensar en aumentar al hombre, tal vez sería mejor evitar que disminuyera.

Vamos a finalizar con las palabras de un poeta, precisamente porque la poesía es un aspecto de la humanidad que nunca se menciona en la literatura posthumanista: «¡Estar aquí abajo es magnífico! ¡Oh jovencitas, lo sabían!» (Rilke, 2015, p. 2).

⁴⁴ Otros datos muestran que es probable que la especie humana hubiera alcanzado límites infranqueables: aquellos relativos a la talla o los récords deportivos.

Referencias

- Truong, J.-M. (2001). *Totalement inhumaine*, Seuil/Les Empêcheurs de penser en rond.
- Hoquet, T. (2011). *Cyborg philosophie. Penser contre les dualismes*, Seuil.
- Nietzsche, F. (1993). *Ainsi parlait Zarathoustra*, en *Œuvres II*, Robert Laffont).
- Anders, G. (2002). *L'obsolescence de l'homme. Sur l'âme à l'époque de la deuxième révolution industrielle*, Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances/Éditions Ivrea.
- Besnier, J.-M. (2012 [2009]). *Demain les posthumains. Le futur a-t-il encore besoin de nous?*, Fayard.
- Julliard, J. (2 de enero de 2017) «Comment peut-on être conservateur?», *Le Figaro*.
- Alexandre, L. (2011), *La mort de la mort*, Jean-Claude Lattès.
- Dufour, D.-R. (abril 2005). «L'homme modifié par le libéralisme. De la réduction des têtes à la réduction des corps», *Le Monde diplomatique*.
- Hottois, G. (1979). *L'inflation du langage dans la philosophie contemporaine*, Editions de l'Université de Bruxelles.
- Hottois, G., Missa, J.-N. y Perbal, L. (dir.) (2015). *Encyclopédie du trans/posthumanisme. L'humain et ses préfixes*, Vrin.
- Ehrenberg, A. (1998). *La fatigue d'être soi. Dépression et société*, Odile Jacob.
- Dumouchel, P. y Damiano, L. (2016). *Vivre avec les robots. Essai sur l'empathie artificielle*, Seuil.
- Marinetti, F. T. (1909). *Mafarka la futuriste. Roman africain*, Éditions E. Sansot, Niza, 1909. F. T. Marinetti, *Mafarka la futuriste. Roman africain*, Éditions E. Sansot.
- David, A. (1965). *La cybernétique et l'humain*, Gallimard.
- Boltanski, C. (11 de mayo de 2002). «Kevin Warwick, l'*Homo Machinus*», *Libération*.
- Vacquin, M. (2016). *Frankenstein aujourd'hui. Égarement et délire de la science moderne*, Belin.
- Rilke, R. M. (2015). *Élégies de Duino*, Editions Allia.

Godin, C. (2017). *La haine de la condition humaine. El posthumanisme est un antihumanisme.* *Écologie & Politique.* 55(2). <https://www.cairn.info/revue-ecologie-et-politique-2017-2-page-95.htm>